

# La Cueva

juan camilo espinosa echeverry



# Capítulo 1

LA CUEVA

Juan Camilo Espinosa Echeverry

## Cap. I

En un colorido pueblo del Viejo Caldas, vivía un arriero llamado José Emiliano Echeverry, junto a su esposa Josefina y sus 3 hijos. Emiliano se encargaba de llevar mercancía y correo entre diferentes veredas de la zona donde residía. Al igual que su esposo, Josefina era de temple fuerte pero de muy buen corazón, verraca y de altos principios, pero más astuta que el mismo Emiliano.

Como arriero, Emiliano debía viajar mucho y era común que no permaneciera en la casa, y como viajero que se respete tenía muy buenas historias para contar acerca de lo que veía y oía en sus travesías. Josefina creía en algunas de sus historias y en otras no, sencillamente decía que le parecían demasiado "fantásticas" para ser reales, que dichas visiones o sonidos que Emiliano percibía podían ser debido a su cansancio, la oscuridad o simples sombras de los mismos árboles.

De vuelta de unos de sus viajes, José Emiliano se le notó un poco diferente, cambiado. Se percibía en su cara un gesto oscuro, más cansado de lo normal, en general muy abatido. No quiso decir nada a Josefina que lo interrogó con preocupación y se acostó en su cama sin decir mayor cosa.

Al otro día Josefina despertó y notó a su lado que Emiliano seguía dormido, con el rostro más demacrado que el día anterior y con una respiración agitada.

Emiliano era una persona muy fuerte y sana y casi nunca se enfermaba, y Josefina recordaba haberlo visto muy agotado pero dudaba que estuviera enfermo; trató de despertarlo pero no había poder humano que lograra que volviera en sí.

Josefina, muy intranquila, se dirigió hacia donde don Eduardo Mejía, ilustre yerbatero y curandero del pueblo, a contarle sobre lo sucedido con su esposo.

Luego de ir a la residencia y analizar detenidamente al paciente, Eduardo le comentó a Josefina que dudaba mucho que Emiliano estuviera enfermo, que más bien tenía la sospecha de que algo raro, más allá de las

“entendederas de él”, le estaba atormentando la mente al arriero.

Angustiada Josefina por no saber qué hacer, decidió ir ella misma a donde hizo su último viaje Emiliano, a la finca de don Luis Carlos Londoño que comerciaba con madera y era dueño de una carpintería, a buscar alguna explicación o indicio de lo que le pudo haber ocurrido en ese dichoso viaje. Eduardo, con más curiosidad que preocupación por su paciente, resolvió acompañarla en la travesía argumentando querer llegar al fondo del asunto. Así pues, dejó Josefina la casa y a Emiliano al cuidado de sus hijos y partió hacia donde don Luis Carlos.

Al llegar a la finca de Luis Carlos, éste se encontraba con el padre Miguel Ángel haciendo unos preparativos para la fabricación de unos reclinatorios y un atril para la parroquia. Josefina le contó a ambos lo sucedido con su marido y le pidió a Luis Carlos que le contara todo lo que hubiera hablado con Emiliano, irrelevante o no, puesto que cualquier cosa la podría brindar una pista de que pudo haber sucedido.

Luis Carlos recordó y le contó a Josefina que Emiliano en su ida a la finca había visto un destello a las afueras del camino, por los lados donde queda una gruta, y que dicha luz se desvanecía por los lados de la entrada.

Tenía pensado Emiliano, en su viaje de retorno, ir a investigar, puesto que no era la primera vez que veía allí esa luz y pensaba que podía ser alguna guaca y que podría él ser el escogido para encontrarla y desenterrarla, puesto que con los demás arrieros que llegaban a recorrer esa misma ruta, nunca habían llegado a vislumbrar ninguna luz o destello.

Josefina al escuchar lo contado por Luis Carlos, se sentía asustada y enojada con Emiliano por ponerse a buscar lo que no se le había perdido.

Más resuelta aún que antes, resolvió seguir los pasos de su marido, y le pidió al padre Miguel Ángel que la acompañara, puesto que ella era muy creyente y no sobraría la “ayuda Divina” puesto que en aquel asunto había, para ella, “gato encerrado”. Ella decía no creer en las fantasías de Emiliano pero no debía descartar del todo la idea por loca que fuera, quien sabe y “-los cuentos del Emiliano fueran verdad-”.

Al principio el padre se mostró reacio a participar de aquella faena, pero Josefina lo persuadió diciéndole que era su deber como “pastor de su rebaño y representante de Dios”, además que no debía demostrar cobardía. Esto último, lo de no mostrarse cobarde, fue lo que convenció al padre.

El yerbatero Eduardo, con la sola aparición de la palabra “guaca”, fue suficiente para que se le abrieran los ojos como dos soles y exclamó su incondicional ayuda a doña Josefina, independiente de lo sobrenatural y

un poco aterradora que para él pudiera ser la situación.

Partieron pues los tres hacia el lugar donde se encontraba la gruta divisada por José Emiliano.

Una vez allí, no descubrieron nada raro fuera de la entrada de ésta, así que se vieron en la necesidad de entrar. El acceso no era muy grande, tal vez del tamaño de una persona adulta, pero una vez dentro, la gruta se expandía en una enorme caverna subterránea, al parecer de origen natural y a la que le entraba muy poca luz. Improvisaron una antorcha con ramas secas y yesca que encontraron cerca al acceso y se dispusieron a adentrarse.

Un par de minutos después de adentrarse en la cueva, los tres empezaron a sentir el ambiente pesado, el aire denso y una sensación de no estar solos allí. De repente se oyó una voz débil de una joven desde lo profundo de la oscuridad que dijo: "¿Quién está allí?".

Asustados y sorprendidos, Josefina decidió tomar la iniciativa y respondió a la voz contándole lo sucedido a su esposo Emiliano.

La voz dijo a Josefina que en parte era su culpa que estuviera en ese estado, pero que hace muchos años había muerto, sus restos se encontraban allí y su alma no había podido descansar en paz. Lo único que buscaba era el descanso eterno.

Comprendiendo la situación, el padre Miguel Ángel pronunció unas oraciones y de repente un fuerte brillo surgió desde el fondo de la cueva, señal de que esa alma ya descansaba en paz.

Luego de ese suceso los tres decidieron volver lo más pronto posible a la casa de Josefina a comprobar si lo sucedido en la cueva mejoraba el estado de Emiliano. Desafortunadamente éste aún se encontraba en el mismo estado. Eduardo preparó un fuerte brebaje que dio a José Emiliano, y éste recobró un poco el aliento, lo suficiente como para que pudiera contar que le había pasado.

Aún un poco débil y con la mirada perdida, se sentó en la cama y les narró lo sucedido: "Volviendo de la finca de don Luis Carlos me adentré en la gruta haber que encontraba allí, pero a simple vista no vi nada raro así que resolví devolverme, pues ya era algo tarde y estaba cansado. Pero cuando iba saliendo, un vozarrón del interior me interrogó -¿Qué buscas acá?- yo asustado me di vuelta y conteste que había visto la luz anteriormente y pensé que había algo dentro. El vozarrón soltó una carcajada y de un momento a otro me empecé a sentir mal... a partir de ahí no recuerdo mucho, hasta que desperté aquí y luego llegaron ustedes.". Luego de éste testimonio se volvió a acostar y cerró los ojos, se

veía Emiliano aún con la cara cansada.

Josefina, Eduardo y Miguel Ángel se miraron consternados, pues Emiliano no soltó ni una palabra sobre la joven y su espíritu. Eduardo estaba seguro que en parte el "cuento de la luz" sí tenía que ver con el espíritu de la muchacha pero no podía comprender todo lo demás.

Josefina, aún preocupada por su marido pues éste no mejoraba del todo, resolvió volver allá al día siguiente para investigar a fondo, a ver que nuevas pistas podría encontrar. El padre y el yerbatero estuvieron de acuerdo en volverla a acompañar.

Así, al otro día, se reunieron los tres y cada uno se equipó con lo necesario para afrontar la aventura que les esperaba. Volvieron a la gruta, cada uno encendió un farol y se adentraron.

Al volver al punto de la cueva donde aconteció lo del espíritu de la niña, se percataron de que la cueva se dividía en tres socavones, algo que no habían visto el día anterior.

Extrañados por el suceso y no teniendo más alternativa, tuvieron que separarse y cada uno elegir un camino.

Eduardo tomó la izquierda, Josefina el centro y el padre Miguel Ángel la derecha.

El yerbatero y curandero Eduardo tomó su camino, cuando de pronto del suelo emergió una raíz verde fosforescente que adoptó en su extremo tres cabezas de serpiente con forma diferente. En un abrir y cerrar de ojos esta extraña "planta-serpiente" se abalanzó contra Eduardo y las tres cabezas lo mordieron en diferentes partes del cuerpo, para luego desaparecer de nuevo por donde salió.

Eduardo estaba muy asustado y petrificado al ver semejante ser tan extraño y no pudo reaccionar al ataque.

Momento después que desapareció el monstruo, el curandero empezó a sentirse enfermo, mareado, a veces sentía frío, a veces calor, náuseas, ... esto lo hizo volver en sí de su shock y reconoció que estaba envenenado, pero lo más extraño fue sentir diversos efectos, demasiados para reconocer el tipo de toxina que lo afectaba. El no saber reconocer el mal, asustó aún más al yerbatero y empezaba a entrar en pánico; cayó de rodillas, llevó sus manos a su cabeza y respiró profundamente. Hacer esto lo calmó un poco, así que se concentró lo suficiente para separar las diferentes sintomatologías y poder identificar que lo afectaba, resultando que estaba envenenado por toxinas animales y vegetales. Eduardo preparó entonces un brebaje haciendo uso de sus mejores recetas,

habilidades e ingredientes y se arriesgó a beberlo, esperando lo mejor...

El padre se adentró por su ruta, al igual que los demás, llevaba un farol para alumbrar su camino. La luz se reflejaba en las paredes de la cueva y el escaso viento que provenía del exterior hacía danzar las sombras como si de bailarinas árabes se tratara. Nervioso y sintiendo recorrerle un sudor frío por la nuca, el padre Miguel se percató de como esas sombras formadas por la luz de su antorcha empezaban a tomar siluetas extrañamente nítidas. Las imágenes se trataban de seres humanoides con cuernos y piernas de aspecto animal, estas imágenes hacían señas con sus manos al asustadizo clérigo para que siguiera adelante. Algunas veces Miguel Ángel trato de volver por su camino, pero cuando lo intentaba, los movimientos de las figuras se hacían más violentos y se escuchaban unas risas macabras; comprendió entonces que devolverse sólo empeoraría las cosas, debió aferrarse a su fe, sus convicciones y sacó fuerza desde su interior para proseguir adelante, mirando siempre hacia al frente y haciendo un gran esfuerzo por hacer caso omiso a las imágenes y sonidos diabólicos...

Tomando la ruta escogida, Josefina se adentró en el oscuro socavón y sólo momentos después empezó a escuchar una carcajada, tal vez la misma que había escuchado su esposo José Emiliano.

Josefina un poco asustada, pero decidida, indagó sobre quien estaba ahí. Un vozarrón de ultratumba, como el descrito por Emiliano, sólo le respondió con otra pregunta: "¿Vienes para saber cómo remediar lo de tu esposo?". Josefina, con sentimientos encontrados de temor y disgusto, tuvo la sospecha de que dicho ente se trataba de "El Patas", pues como podía saber que iba por el asunto relacionado por su esposo, además que había escuchado por las malas lenguas que siempre hablaba con interrogantes, acertijos o engaños.

Josefina le interrogó: -"Usted, ¿es El Patas?"

- "¿Tu qué crees?"

- "Sí. ¿Qué le hizo a mi marido? Él se encontró con usted"

- "¿Sabes que la curiosidad mata, como a los gatos?"

- "¡Usted no se llevará a mi marido!, él está en la casa con mis hijos y además traje a un cura"

- "JAJAJA, ¿crees que un cura miedoso lo salvará? ¿Crees que puedes luchar contra el destino?"

-“No sé si contra el destino, pero si contra vos Patas enredador”

Luego de éste enfrentamiento solamente se escuchó una risa que se fue esfumando más adentro de la caverna hasta que desapareció. Josefina continuó adelante hasta que en cierto punto los tres caminos volvieron a unirse.

Reunidos de nuevo, contaron sus experiencias y aunque algo temerosos (sobre todo el padre Miguel Ángel que quería devolverse), decidieron seguir adelante gracias al carácter fuerte y los regaños de Josefina. Supieron comprender que todo lo sucedido era una prueba que seguramente el mismo Patas les estaba imponiendo para medirles la “berraquera”.

Continuaron pues adelante y en constante descenso por unos cinco minutos hasta que la cueva se abrió en una amplia recámara, a primera vista natural pero que analizada con más detalle se notaba que no lo era, pero tampoco de origen humano, pues las paredes parecían talladas o derretidas por fuego y los ornamentos existentes eran demasiado extraños como para ser creados por la mente de una persona, al menos no una cuerda, pues aunque las figuras de las paredes y columnas de ese sitio eran amorfas, si se miraban con detenimiento parecían adquirir bizarras formas. En el centro de aquel lugar se encontraba una especie de altar de roca maciza decorado por sus lados con garabatos inentendibles y rostros nunca vistos en éste mundo. En las esquinas superiores del altar se encontraban cuatro símbolos diferentes, y toda la parte superior y las caras laterales del altar estaban manchadas por alguna sustancia de tono marrón rojizo.

Los tres se acercaron al altar asombrados y asustados por descubrir lugar tan escalofriante y extraño en esa cueva que conocían de su existencia hace tanto tiempo pero que desconocían su interior.

## Capítulo 2

### Cap. II

En casa del arriero José Emiliano, esté aún encamado, empezó a delirar, a decir incoherencias y a pronunciar palabras extrañas y se le pusieron los ojos vidriosos. María, la mayor de los tres hijos de Emiliano y Josefina, preocupada por la ausencia de su madre de casi una semana y al ver el estado de su padre que empeoraba y apenas probaba bocado, decidió ir hasta el último paradero conocido de su madre: la finca de don Luis Carlos.

Dejó al cuidado de sus otros dos hermanos a su padre, y como digna heredera de la personalidad y temple fuerte de su madre, sin vacilaciones fue rumbo hacía la finca del comerciante maderero.

Una vez María arribó a la finca de don Luis Carlos, ella lo puso al tanto de toda la situación: la usencia prolongada de su madre, las declaraciones y los delirios de su padre en cama, etc. Él, al ver el estado angustiado de la muchacha decidió ayudarle personalmente a tratar de encontrar respuestas al extraño asunto.

Luis Carlos le contó a María que hace varios años, cuando era niño, llegó a escuchar que hubo en la vereda un rumor de que en esa cueva residía el diablo, pero siempre se supuso que eran cuentos para ahuyentar curiosos y asustar niños; parecía que después de todo, si podría existir algo paranormal en aquel sitio.

Antes de arriesgarse a ir a la cueva, Luis Carlos le indicó a María que fueran donde el viejo Ismael, la persona más longeva de toda la zona, para entrevistarle e indagar a ver si tenía más información respecto al asunto. Él vivía en la zona central del pueblo, cerca al parque, en la casa más antigua y que limitaba con los terrenos de la iglesia.

Una vez llegaron a la casa de Ismael y tocaron a su puerta, éste no demoró en abrirles, les hizo pasar con un ademán y una leve sonrisa.

Ismael era un anciano centenario (según los cálculos de Luis Carlos), una persona accesible, seria pero no apática, de mirada profunda y rasgos de una persona sabia, experimentada e intuitiva. Era misterioso, todos en el pueblo y en veredas cercanas lo distinguían, pero nadie sabía nada verídico acerca de él, aparte de chismes y rumores; pero el sí conocía a todos incluso por su nombre. Nadie sabía en realidad su edad, pero tampoco se atrevían a preguntarle por respeto.

Una vez dentro los hizo sentar en la sala y les preguntó a continuación que se les ofrecía. El comerciante y María le relataron todo el asunto y le

preguntaron también acerca del antiguo rumor que escuchó Luis Carlos de niño referente a la existencia del diablo en esa cueva. A esas alturas debían abarcar todas las posibilidades y obtener toda la información normal o paranormal que pudiera existir.

Ismael se quedó un momento meditabundo, frotándose su larga y canosa barba; tomó un largo trago de tinto "cargado" que tenía en su mesita de centro, los miró detenidamente un momento hasta que pronunció: "Siempre ha habido algo raro con esa cueva... no me extrañaría que el mismísimo patas viviera allí. A través de los años cosas raras se han visto por esos lados, luces como la que vio José Emiliano y hasta personas han desaparecido y han perdido su rastro justo en esa gruta porque entran y no encuentran nada fuera de lo normal, ya que tan grande no es."

Ismael se puso de pie, caminó de acá para allá rascándose la cabeza hasta que se detuvo, los miró nuevamente y dictaminó: "A las afueras del pueblo, desviándose por el camino principal que conduce a la vereda más cercana, existe un desvío, un camino angosto no apto para bestias que deberán recorrer a pie. Al final de dicho camino vive Mamá Matilde; muchos, incluso ustedes, pueden haber llegado a oír de ella, las malas lenguas dicen que ella es una bruja loca, pero les aseguro que está más cuerda que nosotros tres y si algo raro pasa en esa cueva, ella lo sabrá. Les sugiero además que cuando hablen con ella midan sus palabras y sean muy respetuosos, pues es algo sensible y puede que los eche si se siente ofendida".

Agradecidos por la información, se despidieron de don Ismael, volvieron a la finca de Luis Carlos y se apertrecharon bien para iniciar el recorrido que les esperaba, pues aunque tenían conocimiento del angosto camino, no sabían que tan largo era y no tenían ningún conocido que se hubiera arriesgado a recorrerlo.

Preparados pues, llegaron en mula hasta el lugar del camino principal donde estaba el angosto desvío. No era difícil dar con él porque aunque estaba un poco "montado" por vegetación, tenía en su entrada un "arboloco" a lado y lado, y entre sus ramas colgaban algunos objetos coloridos con plumas, como una especie de amuletos. Dejaron las mulas atadas y avanzaron por la trocha.

A punta de machete debieron despejar parte del camino que se notaba que hace tiempo no se usaba y luego de recorrer un largo trecho empezaron a desanimarse, ya que se preguntaban qué tan verídica era la información dada por don Ismael o que probabilidad había de que Mamá Matilde ya hubiera muerto, ya que por el pueblo o las veredas casi no se llegaba a ver. Habían estado discutiendo el asunto, pero resolvieron no retornar, pues el camino se notaba que aún no terminaba.

Cuando comenzó a caer la tarde, decidieron acampar en un pequeño claro que lograron encontrar. Mientras estaban sentados alrededor del fuego, comenzaron escuchar el sonido de algo que rozaba la vegetación. Se oía por uno y otro lado, dándoles la sensación de estar rodeados. Asustados, Luis Carlos tomó el machete y un palo encendido de la fogata, María también tomó una antorcha y mirando para todos lados se arriesgó a preguntar: "¿Quién está ahí?".

Los sonidos se hacían más fuertes, numerosos y repetitivos. Sintieron de pronto pasos también...

María exclamó: "¿Quién está ahí? ¿Mamá Matilde?"

Luis Carlos le comenzó a reprochar a María sus gritos, pero no pudo terminar su frase, cuando empezó a salir de la misma oscura zona vegetativa susurros inentendibles, docenas de susurros.

De pronto, de la oscuridad salió volando una gruesa rama que fue a parar en la sien de Luis Carlos y éste cayó desmayado en el suelo.

Los susurros fueron disminuyendo hasta que sólo se oyó uno sólo, María aguzó su oído y pudo distinguir la voz de una anciana. Era una voz tranquilizante, denotaba sabiduría y aunque estaba pudiendo comprender las palabras, se oía al mismo tiempo lejos, como si fuera el residuo de un eco.

La voz indagó a María: "¿Qué buscan acá? ¡Yo no he invitado a nadie y no me gustan las visitas sorpresa!".

María, un poco angustiada, asustada y con los ojos llorosos, miró de reojo el cuerpo de su caído compañero, tragó saliva y respondió: "Buscamos a Mamá Matilde, imploramos su ayuda. Don Ismael nos recomendó vernos con ella, tal vez pueda orientarnos acerca de la cueva cercana a la finca de don Luis Carlos...mi papá está enfermo y mi mamá no aparece...".

Un denso remolino de hojarasca y ramas se elevó desde el suelo y poco a poco fue materializándose en una figura de una anciana, pero de piel vegetal y vestida con cortezas, hojas y musgo. María respiraba rápido, un poco agitada pero no sentía ya temor, sino un extraño relajamiento, como si se encontrara en medio de un sueño. La verdosa anciana se acercó a María y le dijo: "Siento que tu corazón es casto y tus intenciones son buenas, por eso te ayudaré, además conozco de tiempo atrás a Ismael... La cueva a la que te refieres es un lugar que sirve como residencia a un demonio, es su cárcel pero hay manera de que salga de ahí. Hace muchos años atrás, un hombre hizo un pacto con él demonio con el fin de obtener riqueza, a cambio del sacrificio de algo muy querido. Una vez fuera, el demonio maquinó la forma para que el hombre se accidentara y muriera, y así llevarse su codiciosa alma. Ismael y yo logramos atrapar de nuevo al

demonio en esa cueva, pero de una forma u otra encontrará la manera para convencer a alguien para sacarlo de ahí.”

María, boquiabierta, tenía los ojos como del tamaño de dos platos tinteros al escuchar a tan extraño ser acerca de una historia tan increíble...

La anciana continuó: “Escúchame atentamente muchacha. Aún no es tarde, mientras ese demonio siga ahí dentro no tiene el poder suficiente para hacer el mal; pero cuidado que como todos los de su especie, es muy astuto, inteligente y mentiroso. Sé que tu mamá está ahí, traté de enviarle un mensaje a su yerbatero pero mi poder pudo ser interferido por el demonio. Debes ir inmediatamente allí y advertir a tu madre, decirle que simplemente salga de allí. En cuanto a tu padre, hagan oraciones por él, que un sacerdote los guíe, verán que pronto estará bien. Toma ésta reliquia para que puedas encontrar sin problema el camino dentro de la cueva y pase lo que pase no pongas atención a lo que diga el demonio y has caso omiso a lo que vean tus ojos, ésta reliquia te mostrará la verdad...”

Luego de todo esto, la anciana se volvió otra vez un remolino y desapareció entre la vegetación. La reliquia recibida por María era una pieza de estilo precolombino con forma de persona y se notaba rota en uno de sus extremos.

Un momento después se levantó Luis Carlos tocándose la cabeza adolorida.

Cuando se encontró mejor, le preguntó a María que había pasado. María le narró lo acontecido y Luis Carlos le comentó: “Lo que acabas de ver fue la madre monte, ambos tenemos mucha suerte: yo de haber sobrevivido, y tú de haber podido hablar con ella”.

Luego de todos estos eventos, ambos fueron a dormir. Mientras dormían, María soñó con su padre y su madre; pero también tuvo pesadillas, visualizó un lugar oscuro, grande, bizarro, con formas irreconocibles, una fuente de sangre y una carcajada aterradora, profunda y sonora...

Al otro día, se levantaron temprano y tomaron ruta hacia el camino principal. Curiosamente el camino se veía mucho más despejado que el día anterior, como si naturalmente se hubiera abierto, lo que les ayudó a apurar el paso y salir rápidamente de allí. Siguieron luego a lomo de mula hasta llegar a la entrada de la cueva, desmontaron, aseguraron sus bestias y se dispusieron a entrar, sin tener la certeza de saber que o a quien encontrarían allí.

## Capítulo 3

### Cap. III

El joven Ismael era aprendiz de herrero. Era bueno, aprendía rápido y era muy dedicado, se le auguraba buen futuro en dicha profesión.

Un día Ismael fue a entregarle un encargo al zapatero del pueblo, éste era viudo y tenía una joven y hermosa hija llamada Verónica, comenzaron a hablar y con el tiempo terminaron ennoviándose.

Ambos jóvenes tenían muchas ilusiones para los próximos años, habían planeado casarse y con el trabajo de Ismael y las habilidades de Verónica en la confección, habían planeado montar un pequeño negocio.

Las cosas marchaban viento en popa con los jóvenes, más no con el padre de Verónica. Él era un hombre avaro y codicioso que no se conformaba nunca con lo que poseía, era conocido además por tener una enfermiza afición a buscar guacas o cualquier tesoro del que escuchara, así fuera por rumores de borrachos.

Una vez entró a su zapatería un cliente que tenía los zapatos muy deteriorados, era un caminante que estaba de paso por el pueblo, le pidió que si podía arreglar su calzado a cambio del mapa de un tesoro que había ganado en un juego de cartas, ya que como caminante, vivía del trueque, no mantenía dinero y decía no creer mucho en esos cuentos de mapas. El zapatero accedió, realizó la reparación y el caminante se fue y nunca más se volvió a ver, ni en ese ni cualquier lugar de todo Viejo Caldas, ni siquiera alguien parecido.

Al día siguiente, con mapa en mano, el zapatero buscó hasta que encontró el lugar marcado por la famosa X. Era una cueva, de entrada no muy ancha. Entró en lo que, a diferencia de la entrada, era una caverna profunda, camino dentro y prosiguió por un pasillo largo hasta que llegó a una amplia recámara. Dicha recámara se notaba que no era natural pero no parecía creada por la mano de personas, ya que las rocas de las paredes no eran labradas sino como derretidas por fuego. En el centro había un altar de piedra, e igual a las paredes, decorado con bizarras figuras.

Sin saber exactamente que hacer o donde excavar, el zapatero se apoyó en el altar y desde lo profundo de la caverna escuchó una voz: "¿Buscas algo, zapatero?". Asustado, pero con la promesa de una recompensa en su mente, respondió: "Me ha traído hasta acá un mapa"

- "¿Y qué esperas encontrar exactamente, zapatero?"

- "Un tesoro, oro, riqueza... algo que me sirva"

- "Comprendo tu necesidad, zapatero. Pero todo en esta vida tiene un precio y si esperas llevarte algo, tendrás que traerme algo a cambio...te daré lo que más desees a cambio de lo que más quieres y ya tienes. Pero no hablo de objetos o baratijas, de eso me sobra. Busco algo más... significativo, puro, joven y fresco".

Meditabundo, el zapatero hizo cuentas y, dejando de lado todo lo material que poseía, recordó a su hija Verónica, aparte de lo demás, era lo único que quería. De pronto la voz interrumpió sus pensamientos diciendo: "Tendrás lo que desees y más. No necesitarás trabajar más, zapatero. Es un alto precio para una alta ganancia. Esto te lo ofrezco solo hoy, sólo ahora. ¿Qué dices?"

El zapatero en realidad detestaba su oficio, pero fue lo que pudo aprender a hacer cuando embarazó a su novia y debía responder por el bebé en camino. Cada vez que esa voz pronunciaba la palabra "zapatero" retumbaba en su mente y corazón y en verdad lo odiaba; con esa riqueza podría recorrer nuevos caminos, olvidarse de todo, comenzar de nuevo. Pero, su hija, a pesar de quererla, sentía en lo profundo que lo ataba a su presente y no permitía un futuro. Después de meditarlo un largo rato, el zapatero exclamó: "Esta bien. ¿Qué quieres que haga?"; a lo que la voz respondió: "Perfecto. Sólo tráela y ponla a descansar en el altar... si es que comprendes a lo que me refiero".

El zapatero se echó para atrás, comenzó a respirar agitadamente, sudaba a cántaros y dijo: "¿Qué?! ¿Estás insinuando que mate a mi propia hija?" La voz lanzó un grito aterrador que hizo estremecer la misma cueva y exclamó con mucha ira: "¿Quieres o no quieres la libertad que desees?! Estás conmigo o contra mí, elige muy bien zapatero porque sólo existe una respuesta correcta".

Después de aquello, el zapatero completamente asustado accedió a llevar a su hija ese mismo día.

Más tarde, el zapatero convenció a su hija para que lo acompañara hasta la cueva, con el pretexto de que había encontrado un gran botín y necesitaba ayuda para sacarlo.

Una vez dentro de la recámara, guio a Verónica hasta el altar y con una pala que llevaba le golpeó la cabeza, el zapatero tenía lágrimas en los ojos pero un manantial de codicia en su corazón; depositó su cuerpo encima del altar y con un cuchillo le cortó el cuello, haciendo que el altar se

pintara completamente de rojo.

La voz emitió una sonora risa y le comunicó que su premio no se encontraba dentro de la cueva sino en las proximidades, cerca al barranco que conducía al río.

El zapatero salió de la cueva, se dirigió al barranco y buscando pistas de donde se encontraba su tesoro, un gran terrón de tierra se desprendió, resbaló y cayó por el barranco hasta el río, golpeándose fuertemente la espalda e hiriéndose en varias partes del cuerpo. Cuando paró de caer cuesta abajo, sangraba profusamente y no podía mover las piernas.

Pasaron dos días e Ismael se extrañaba de no haber vuelto a ver a Verónica o a su padre. Era una extraña desaparición, puesto que ellos se contaban todo y no conocía que fueran a realizar ningún viaje. Preocupado por su prometida, Ismael entró por la fuerza a la casa de Verónica. Una vez dentro, no percibió nada extraño o faltante en la casa, lo único fue un papel con un mapa dibujado que se encontraba encima de una mesa.

Conociendo las aficiones de su suegro, Ismael decidió ir hasta donde indicaba el mapa, de camino a la cueva dio con el borde desmoronado del barranco y divisó ladera abajo el cuerpo de su suegro siendo devorado por gallinazos (buitres), descendió pero no logró hallar rastro de Verónica, así que continuó hasta la cueva.

Una vez dentro, avanzó hasta la recámara donde se encontraba el altar pero sólo encontró sangre seca encima a alrededor de éste. No había allí señal de su novia.

Cuando volvió a salir, halló a Verónica parada frente a la entrada de la gruta. Ella le dijo: "¿Qué haces acá?", Ismael contestó: "Hace dos días que no sé nada de ti o tu padre... la pregunta es ¿qué haces TÚ aquí? Al menos, ¿te encuentras bien?".

Verónica sonrió levemente y exclamó: "¡Ah! Con que tú eres mi enamorado".

Ismael notó muy rara a Verónica, con otra mirada, un tono de voz diferente y esa última frase fue lo que más lo extrañó. "Emmm sí, soy tu novio y nos vamos a casar"

- "ja ja ja con que con esas tenemos".

- "Qué te pasa, ¿es que no me recuerdas? Tienes sangre a un costado de la cabeza, ¿acaso te la golpeaste?"

- "¡Mmmm, sí claro! Lo único que recuerdo es a mi padre golpeándome

con una pala, luego, nada más”.

Ismael se puso rojo de la ira y explotó diciendo: “Ese condenado zapatero recibió su merecido, está muerto en la ribera del río. Sabía que no era buena persona, pero no pensé que llegaría a tanto”.

Verónica sonrió y fue a los brazos de Ismael, lo besó y le dijo que la llevara a su casa, que esos dos días habían sido una pesadilla sin recordar donde estaba o a donde ir. Ismael la condujo hasta su casa y la dejó en su cama descansando.

Con el paso de los días, Ismael empezaba a sospechar que había algo raro con Verónica, pues aunque sufrió una amnesia por el golpe en la cabeza, sentía que ella no era la misma sino otra persona. Al principio pensó que mejoraría su aptitud pero por el contrario empeoró y era, de hecho, mala persona: cruel con los demás, egoísta, burletera, manipuladora y hasta mentirosa. Ismael sabía en su interior que algo más había pasado en esa cueva, ese altar... todo era tan extraño y eran cosas que nunca había visto en el pueblo.

Decidido a buscar respuestas, resolvió ir donde Mamá Matilde. Era una anciana que vivía a las afueras del pueblo y que de vez en cuando iba ella a abastecer su cabaña con productos del mercado. Ismael la conocía porque llegó a fabricarle a ella diversos utensilios en hierro.

Difícil fue dar con la cabaña de la anciana, pero cuando llegó donde ella lo recibió con una sonrisa, como si lo hubiera estado esperando.

- “Hola Ismael, ¿cómo sigue Verónica?”

Extrañado por su reacción tan ausente de sorpresa, respondió: “Buen día Mamá Matilde. Verónica está bien físicamente, pero...”

- “No es la misma, ¿verdad Ismael? Supongo que vienes a hablarme de ella. Tiene razón tu intuición; la verdadera Verónica está muerta, lo más seguro es que su padre la mató”

Ismael tomó aire para decir algo, pero la anciana continuó:

- “Mira Ismael. En esa cueva reside el mal. Desde hace generaciones existe esa recámara que es un portal para entidades oscuras. El corazón ambicioso y codicioso de tu suegro logró despertar algo diabólico, que de una forma u otra logró atraerlo a realizar un sacrificio para poder encarnar en el cuerpo de Verónica”.

Ismael no podía creer ni digerir tanta información. Era algo sencillamente increíble. Nunca en el pueblo o los alrededores había llegado a escuchar cosas tan extravagantes, aparte de los duendes del bosque o las brujas en

los techos, así que dijo: "Mamá Matilde. Con todo el respeto que se merece, ese cuento está muy reforzado. Puede que esa cueva tenga sus cosas raras, pero de ahí, a que..."

- "¡MIRA MUCHACHO!", lo interrumpió sumamente enojada la anciana, su voz ya no era dulce, sino que retumbaba como un trueno: "Sé que viniste a mis terrenos a pedir ayuda, y te la daré. Pero si no me creerás o confiarás en mi palabra puedes volver sobre tus pasos. El mundo es muy antiguo y existen muchas cosas que para la gente común no tendrán mucha lógica. El bien y el mal son dos fuerzas que rigen este mundo y lo mantienen equilibrado. Sin el uno no puede existir el otro, son tan necesarios como la noche y el día, pero a veces la balanza se inclina descaradamente más para un lado que para el otro y se requiere realizar cosas extraordinarias para volverla a la normalidad".

Ismael escuchó atentamente todas y cada una de las palabras de Mamá Matilde, pensó un momento y le encontró mucho sentido en lo que dijo, así que le preguntó que podía hacer, ya que el asunto de todos modos seguía siendo muy excepcional para él.

- "Ismael, primero que todo tienes que dar por muerta a Verónica. Ahora es sólo un recipiente sin alma. Toma ésta daga sagrada, debes matar a Verónica para liberar la entidad oscura, pero debes hacerlo dentro de la caverna y enterrar los restos de ella allí mismo. Luego de que lo hagas cerraré la cueva con magia para contener allí la entidad. No podré ayudarte antes porque ese ente oscuro podría sospechar y escapar".

Ismael recibió la daga, la hoja era de obsidiana y la empuñadura de roca de río con un estilo antropomorfo precolombino tallado en ella; dio las gracias a Mamá Matilde y partió para el pueblo mientras ideaba una forma para convencer a Verónica –o lo que vivía dentro de ella –, para volver a la cueva.

Como parte de su plan, Ismael se fue trotando hasta el pueblo y fue directamente hasta donde Verónica. Así, agitado, le dijo a ella que lo acompañara rápido a ayudar a su patrón el herrero que se había accidentado. Verónica entornó los ojos y e hizo un gesto que denotaba desconfianza. Ismael al notar esto la tomó rápidamente de un brazo y le dijo que reaccionara y se apurara pues la situación lo ameritaba.

Sin dejar tiempo a reproches, Verónica se fue con Ismael, ambos montaron una mula y se fueron al galope.

Verónica al notar que se acercaban a la cueva, le dijo muy enojada a Ismael que la dejara bajar, que no quería volver allá. Él sólo atinó a decirle que confiaba mucho en ella, por eso quería su ayuda y que al parecer le había pasado algo al herrero. Le dijo además que sabía que estaba allá porque le había comentado querer ir a chismosear el asunto de

la cueva; que lo había estado buscando desde hace mucho rato y nada que aparecía.

Verónica seguía dubitativa pero accedió en continuar. Cuando llegaron a la cueva desmontaron rápidamente y entraron hasta la recámara. Sin pensarlo dos veces Ismael sacó la daga y apuñaló a Verónica. Aunque la hirió no la mató, entonces ella se abalanzó contra Ismael para tratarle de quitar el arma. Era más fuerte de lo normal, pero con mucho esfuerzo logró Ismael quitársela de encima y enterrarle nuevamente el puñal entre las costillas cerca al corazón, lo que hizo que la daga se partiera en dos quedando en manos de Ismael la empuñadura de piedra. Verónica lanzó un grito aterrador que no sonaba como el de una joven muchacha sino como de una bestia herida.

Ismael procedió a preparar inmediatamente el cuerpo para enterrarlo cuando entró Mamá Matilde con un báculo que parecía una raíz retorcida y le dijo: "No demores Ismael, ahora esa entidad maligna está débil pero podría tratar de hacer algo, despídete de tu novia y sepúltala.". Él, con lágrimas en los ojos, arreglo lo mejor que pudo el cadáver, le extrajo la hoja de obsidiana, le limpió con un pañuelo el rostro y finalmente enterró a su enamorada. Mamá Matilde le indicó que la esperara afuera mientras hacía su magia y cuando se encontraron los dos afuera, Ismael le dio las gracias y le devolvió la empuñadura del arma, argumentando no querer tener eso como recuerdo.

Una vez en el pueblo, dentro de su casa, Ismael se derrumbó en una silla a llorar la muerte de su amada. Sacó de su carriel el pañuelo para limpiarse la cara, cuando se dio cuenta de que había envuelto en él la hoja del arma en el apuro por salir de la caverna. Decidió dejar engavetado dicho elemento para tratar de no darle más vueltas al asunto y así Ismael tuvo que darse al dolor de haber perdido a Verónica en cuerpo y alma.

## Capítulo 4

### Cap. IV

Josefina miraba atentamente el altar pensando lo peor al analizar mejor la mancha que marrón-rojizo que poseía. El padre Miguel Ángel estaba aterrizado y gruesas gotas de sudor caían por su frente. Eduardo estaba asombrado por la rareza de todo el asunto y las bizarras formas que adornaban la recámara.

Mientras los tres estaban sumidos en sus pensamientos, una sombra o mancha más negra que la noche misma apareció frente a ellos, miraron por donde entraron pero ya no había salida. De repente la sombra habló: "¿Creen que podrán salir de acá?". Josefina exclamó: "¡Patas enredador... si pudimos entrar, podremos salir!".

El demonio respondió: "Claro que podrán salir... pero todo tiene un costo. El precio de salida es la sangre de uno de ustedes... no me importa cual."

Josefina estaba enojada y mientras discutía con la sombra demoníaca, el padre Miguel Ángel, sin que nadie se diera cuenta, tomó una roca del suelo y golpeó a Eduardo en la cabeza. El curandero cayó al suelo por el golpe y Miguel Ángel lo golpeó unas veces más y mientras lo hacía, decía cosas como que si alguien debía morir, debía ser ese brujo pagano. Josefina trató de detenerlo y hacerlo entrar en razón, pero era demasiado tarde, Eduardo había muerto.

La sombra demoníaca estalló en risas y expresó: "Esto no podía haber salido mejor: un asesinato, y ejecutado por el alma corrompida de nada más y nada menos que de un clérigo.". Dicho esto, la sombra desapareció y Miguel Ángel cayó al suelo desmayado. Josefina lo zarandó hasta que volvió en sí, se levantó, miró a su compañera y le dijo que no sabía que había pasado, que no recordaba nada y que salieran ya de ese lugar.

Josefina estaba atónita y no podía comprender nada de lo sucedido. Miguel Ángel al notar el estado de ella, le dijo que el demonio lo había obligado a hacerlo, que no era el mismo y que salieran pronto antes de que pasara algo más. Josefina sin acabar de digerir todo el asunto y mucho menos lo que le acababa de decir el cura, accedió a salir de la cueva.

Saliendo de allí se encontraron con María y Luis Carlos. Miguel Ángel alcanzó a notar el objeto precolombino que llevaba María en las manos, a lo que sin pensarlo dos veces se lo arrebató y le dijo que ese objeto era maldito y producto de magia oscura. María se extrañó pero no se opuso al acto, pues veía que ya su madre estaba fuera y a salvo de la cueva. Más sin embargo, Josefina no le quitaba los ojos de encima a Miguel Ángel,

pues se percataba de que cada vez actuaba más extraño, sin olvidar el hecho de que –en sus cabales o no-, había matado a una persona.

Antes de que alguien dijera una palabra más, Miguel Ángel le explicó a los recién llegados: “A sido una pesadilla allá dentro, tanto que sin quererlo maté a Eduardo. Como hombre de Dios, me tendré que presentar a las autoridades y dar la cara, no sin antes poner en un lugar seguro éste objeto pagano”. Diciendo esto, Miguel Ángel se fue apurado antes que todos los demás. Josefina quería detenerlo pero le pudo más la curiosidad de saber qué hacía María en ese lugar, pues se suponía debía estar cuidando a José Emiliano; a lo que María le narró todo el asunto vivido con la Madre Monte o Mamá Matilde.

Josefina, como siempre con la perspicacia que la representaba, se puso a atar cabos y concluyó que al padre Miguel Ángel le pudo haber pasado algo similar, pues actuaba muy extraños. Los tres concordaron en que debían encontrar más respuestas a lo que estaba sucediendo, no sin antes averiguar el estado actual del arriero Emiliano.

Ya en casa del arriero pudieron comprobar que el estado de él estaba mucho mejor, estaba lúcido y aunque había estado siempre en cama, argumentaba sentirse un poco cansado. Sólo necesitaba dormir para recuperar fuerzas.

Dejando pues a Emiliano en cama y tranquilos de la mejoría de su estado, Josefina, María y Luis Carlos estaban casi seguros que lo ocurrido al arriero era obra de ese demonio. Ahora, lo que amargaba la mente de los tres era lo sucedido en esa cueva con el padre Miguel Ángel, así que decidieron ir a buscarlo.

Transcurrieron dos días sin haber vuelto a ver al sacerdote en la parroquia y en el pueblo, lo que creían todos era que se había escapado por lo del asesinato y que había desistido entregarse. A todo esto, Ismael preocupado por el asunto, pidió a Luis Carlos que se reunieran todos los implicados en su casa para discutir la situación y tomar cartas en el asunto.

Así pues, se encontraron en lo de Ismael: Josefina, José Emiliano - que ya se encontraba mejor -, y Luis Carlos. Ismael les pidió le contaran con detalle todo lo sucedido, y para ponerlos en contexto, Ismael les narró su historia con Verónica, una historia que nadie conocía y que los dejó estupefactos.

Ismael les sugirió que fueran y hablaran con Mamá Matilde, ya que sentía que podía haber algo más y que ella seguramente tendría más conocimiento al respecto.

Sin demora alguna, partieron Emiliano, Josefina y Carlos hacía donde Mamá Matilde.

Al tiempo, Miguel Ángel trataba de pasar desapercibido por la zona y estuvo siguiendo a los tres. Al percatarse de que salían del pueblo, se dirigió a la casa de Josefina y Emiliano a buscar a María. Al encontrarla le indicó: "¡María, muchacha!, debes acompañarme rápido a esa cueva. Me he encontrado con tus padres y Luis Carlos y están a punto de correr un terrible peligro. Debemos actuar deprisa."

María temiendo por sus padres accedió sin pedir más explicación...

## Capítulo 5

### Cap. V

Cuando llegaron los tres donde la Madre Monte, presentada como la anciana Mamá Matilde, ella ya los esperaba y sabía además que la balanza se inclinaba con peligro a favor del mal. Ellos la pusieron al tanto de todo, a lo que ella les contó: "Ese demonio poseyó al sacerdote y aunque pudo salir de la cueva, no puede alejarse demasiado, ya que aún hay fuerzas que lo atan a ella. Pero así en su estado actual, si consigue sacrificar a alguien puede encarnar nuevamente, y si lo logra esta vez no se quedará en el pueblo, sino que se irá lejos a adquirir más poder. Esto no puede suceder, se podría perder su rastro para siempre."

Preocupados, los tres se preguntaban cómo podían hacer para dar con el cura, a lo que Mamá Matilde les indicó: "Iré con ustedes a esperarlo en la cueva, tarde o temprano tendrá que volver a ella. Lo que debe preocuparles es estar preparados para cuando lo encuentren, así que deben de ser rápidos.". "Cuando lo encontremos se deberá hacer lo siguiente: si no lo han notado, el altar tiene cuatro símbolos, cada uno representa un elemento de la naturaleza. Yo representaré la tierra, cada uno de ustedes los otros tres. Con los elementos deberemos atacar la sombra del sacerdote, que en realidad es la materialización terrenal del demonio que lo posee, así lograremos que se retire del cuerpo de Miguel Ángel."

Aunque todos estaban algo confundidos por el plan, Mamá Matilde los apuró a alistar las cosas para ir a la caverna, una vez allí les explicaría que hacer.

Al llegar a la cueva, Miguel Ángel hizo entrar a María adelante y una vez dentro la golpeó fuerte en la cabeza y la dejó inconsciente. La llevó hasta la recámara y la subió en el altar para dar comienzo al ritual de encarnación, que al hacerlo el mismo, no sería tan corto como había sucedido con él zapatero pero sí más definitivo...

Los cuatro arribaron lo más pronto posible a la cueva, entraron a la recámara de "sacrificios" y al ver que ya se encontraba María y Miguel Ángel ahí, inmediatamente pusieron manos a la obra.

Mamá Matilde les había indicado lo siguiente: "Los cuatro elementos deben asociarse para atacar la sombra. Como les había dicho, no es una sombra como tal, así que a su modo sentirá lo que se haga: La superficie donde se proyecte la sombra debe ser rociada por agua y seguidamente incendiada por fuego mientras se ventila la zona y se aviva el fuego". Se miraron entre sí por lo peculiar del procedimiento pero prosiguieron a

actuar.

Mamá Matilde hizo crecer unas raíces para retener a Miguel Ángel y prohibir que huyera y que le hiciera algo más a María. La sombra proyectada en el suelo fue rociada con agua por Luis Carlos, lo que hizo que burbujearan las partes donde cayó el agua. Posteriormente Josefina pasó una antorcha por toda la zona humedecida, mientras José Emiliano ventilaba con una "china".

Para sorpresa de todos, y desafiando las leyes de la física, la sombra ardía en un raro pero hermoso fuego púrpura hasta que se extinguió.

Josefina y Emiliano se acercaron al altar y despertaron a María y se cercioraron que se encontraba bien. El verdadero ser de Miguel Ángel volvió en sí y fue liberado por Mamá Matilde, cayó de rodillas y apenado por lo vivido se cubrió la cara con las manos.

Mamá Matilde les indicó a todos que salieran de la cueva mientras ella se encargaba de cerrarla nuevamente con magia y derrumbaba la entrada ayudada por enormes raíces que hizo crecer de la tierra.

## Capítulo 6

### Epílogo

Luego de todos esos sucesos, Mamá Matilde volvió a sus tierras tranquila por el momento, ya que el demonio se encontraba prisionero en la cueva, pero nada garantizaba que en un futuro lograra encontrar la forma de salir nuevamente de ahí.

Luis Carlos volvió a sus negocios, José Emiliano volvió a la arriería, Josefina y María volvieron a la casa a seguir con sus vidas.

Por parte del padre Miguel Ángel, debido a los extraños sucesos, fue absuelto por la justicia en cuanto al asesinato del yerbatero y curandero Eduardo Mejía. El Vaticano tampoco lo castigó o excomulgó, sino que lo trasladaron a otra parroquia en otro pueblo.

Casi todo había continuado su rumbo normal, excepto el padre Miguel Ángel, que habiendo probado un bocado del poder que poseía ese demonio, éste deseó obtener de nuevo ese poder para siempre. Pensaba que con su cargo como clérigo, junto al poder que podría obtener de ese demonio en particular, podría llegar muy lejos en su carrera con la iglesia... Así que entre sus pensamientos siempre estuvo volver a esa cueva para lograr establecer algún pacto que lo beneficiara.